

# LAS FIESTAS REALES EN VALENCIA ENTRE LA EDAD MEDIA Y LA EDAD MODERNA (SIGLOS XIV-XVII)<sup>1</sup>

Rafael Narbona Vizcaíno  
Universitat de València

Las manifestaciones exteriores del poder siempre han estado directamente vinculadas al carácter intrínseco y a las fórmulas de ejercicio del mismo. La simbología y los gestos representados públicamente suelen manifestar sus rasgos definitorios, sobre todo cuando efímeras representaciones parateatrales constituyen el medio habitual de expresión política. Ocasión excepcional para el estudio de algunas formas rituales del poder y de sus diferentes significados en las sociedades de Antiguo Régimen se presenta en las entradas reales, protagonizadas por los monarcas en las principales ciudades de sus reinos<sup>2</sup>. Sin embargo, el ejercicio de la soberanía real sufrió notables modificaciones entre la Edad Media y la Edad Moderna. La progresiva transformación de una monarquía feudal de talante pactista, respecto a sus estados y a la sociedad estamental, en otra autoritaria de tendencia absolutista, que inauguraba las formas del Estado Moderno, modificó sustancialmente la relación política entre el rey y las ciudades, entre el soberano y la sociedad civil, y derivado de ello, también sufrieron alteraciones los sistemas de representación social, siempre sustentados en una ideología política<sup>3</sup>.

El análisis de las estructuras y formas de poder en la ciudad y reino de Valencia ha permitido comprobar la transición de un modelo a otro. La amplia autonomía ciudadana,

1. Este trabajo ha sido realizado dentro de un programa de estudios e investigación en la Universidad de Florencia becado por la Generalitat Valenciana en 1993.

2. La historiografía francesa y anglosajona ha tratado esta temática en mayor profundidad, con una clara vocación renovadora en la década de los setenta y de los ochenta cfr. B. GUENÉE - F. LE HOUX: *Les entrées royales françaises de 1328 a 1515*. (París, 1968) en especial pp. 7-30; R. E. GIESSEY: "Môdes de pouvoir dans les rites royaux en France". *Annales XLI* (1986) pp. 579-599; L. M. BRYANT: "La cérémonie de l'entrée a Paris au Moyen Age". *Annales XLI*, pp. 513-542. También cfr. R. C. TREXLER: *Public life in Renaissance Florence*. (New York, 1980). Y B. MITCHELL: *The majesty of the state. Triumphant progresses of foreign sovereigns in Renaissance Italy (1494-1600)*. (Firenze, 1986), especialmente las entradas soberanas protagonizadas por monarcas franceses y españoles. Se encuentra una amplia bibliografía en B. MITCHELL: *Italian civic pageantry in the High Renaissance. A descriptive bibliography of triumphal entries and selected festivals for state occasions*. (Firenze, 1979).

3. Sobre la evolución de la relación política entre las ciudades y la monarquía medieval en los reinos peninsulares, cfr. M. A. LADERO QUESADA: "El poder central y las ciudades en España del siglo XIV al final del Antiguo Régimen". *Revista de Administración Pública* (1981), pp. 173-198; P. IRADIEL: "Formas del poder y de organización de la sociedad en las ciudades castellanas de la baja Edad Media". En *Estructuras y formas del poder en la Historia*. 2as. Jornadas de Estudios Históricos (Salamanca, 1991), pp. 23-49; A. ALBEROLA i ROMÀ: "Els municipis reialencs valencians durant l'època foral moderna: Estructura política i funcionament". En *Dels Furs a l'Estatut*. 1er. Congrés d'Administració Pública Valenciana (València, 1992), pp. 445-455; y E. BELENGUER CEBRIÀ: "La ciutat de València a l'època foral: Algunes reflexions". En *Ídem*, pp. 435-432.

consagrada en el ámbito local con la creación y el desarrollo de una red de municipios en la posconquista, sería reforzada a un nivel superior por las mismas Cortes y todo su andamiaje institucional a lo largo del Trecentos<sup>4</sup>. El estado medieval fue capaz de gobernar y de articular políticamente la relación entre el monarca y las ciudades, a través de un equilibrio que basculaba entre la fidelidad de los vasallos para con su rey y la correspondencia colegislativa de determinados modelos constitucionales. A lo largo de la Baja Edad Media, la decadencia del pactismo fue parejo al ascenso de un autoritarismo prosoberano, surgido de un sistema de valores y de una ideología regalista que logró imponerse gracias a una burocracia asalariada, a un ejército mercenario permanente y a una hábil mediatización de las instituciones de gobierno municipales. Este tránsito hacia la Edad Moderna condensa puntuales recomposiciones de poder entre la corona, la sociedad política y la sociedad civil, alterándose las relaciones políticas heredadas de la Edad Media e, incluso, consagrando una nueva urdimbre institucional y jurisdiccional. Paradójicamente las ciudades siguieron perpetuando el tradicional gobierno oligárquico, ya no reivindicativo y de ideología constitucionalista, sino todo lo contrario, en clara sintonía y correspondencia con los proyectos políticos de la monarquía. Desde principios del siglo XV, la constante pérdida de independencia en las actuaciones del patriciado urbano iba en consonancia con la hegemonía del modelo aristocratizante del estado<sup>5</sup>. Como resultado último, y no meramente superficial, de esta profunda alteración se puede percibir la mutación de las formas exteriores de las fiestas reales y, en especial, de las entradas solemnes, puesto que éstas comenzaron a introducir, primero, y a ejemplificar, después, la nueva relación política entre la corona y la comunidad.

Las entradas reales constituyen una de las figuras litúrgicas más notables y trascendentes entre las expresiones patrióticas de la Europa urbanizada, siempre estructuradas por la propia comunidad que participaba en las mismas. Éstas constituyeron el momento privilegiado para la manifestación pública de la conciencia ciudadana, e incluso de la afirmación nacional, siguiendo fórmulas rituales de talante militarista, cívico o seudoreligioso<sup>6</sup>. La primera visita del monarca a la ciudad evidenciaba una toma de posesión y una aceptación de la soberanía por los súbditos. Ésta era la ocasión específica para la concertación o la ratificación del pacto político contractual, haciéndose imprescindible, por una parte, el juramento del respeto a la legislación foral anterior y, por otra parte, a reafirmación del sentimiento de lealtad hacia el sucesor de la dinastía<sup>7</sup>. El monarca penetraba en la

4. Sobre el modelo político-institucional valenciano a lo largo de su andadura medieval y durante la primera época moderna, cfr. E. BELenguER: *Valencia en la crisis del siglo XV*. (Barcelona, 1976). Para la cronología inmediatamente anterior, cfr. mi tesis doctoral *Gobierno político y luchas sociales. Estrategias de poder del patriciado urbano. La ciudad de Valencia (1356-1419)*, que ha sido ampliada y revisada para su publicación bajo el título *Valencia municipio medieval. Poder político y luchas ciudadanas (1239-1418)*, actualmente en prensa. Sobre la aplicación del modelo institucional de la ciudad sobre las villas del reino, cfr. R. Narbona: "Inicios de la organización político institucional en los municipios valencianos del siglo XIII". *III Congrés d'Estudis de la Marina Alta*. (Alacant, 1990), pp. 199-207.

5. Resulta especialmente sintomático que la mediatización política interpuesta por la monarquía hacia la ciudad a través de la *ceda* real y del Racional (control del nombramiento de los magistrados en detrimento del tradicional privilegio de la oligarquía local) fuera inaugurada por Alfonso V en torno a 1426, coincidiendo con el primer empréstito que le otorgó el municipio, y con una subvención del Consell de mil florines mensuales que logró prorrogar la presencia real en la ciudad por cuatro años consecutivos desde finales de 1425, la cual además sería renovada poco antes de su definitiva partida hacia Italia en 1432. Cfr. E. SEVILLANO COLOM: *Préstamos de la ciudad de Valencia a los reyes Alfonso V y Juan II (1426-1472)*. (Valencia, 1966); y S. CARRERES ZACARÉS: *Ensayo de una bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo reino*. (Valencia, 1925), pp. 68-70.

6. Sobre el carácter y el sentido de las fiestas reales, cfr. R. NARBONA: "La fiesta cívica. Rito del poder real. Valencia, siglos XIV-XVI". *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. (Jaca, septiembre de 1993). En prensa.

7. Se ha de subrayar que mientras la entrada real era organizada por la propia comunidad urbana, para sellar el pacto político con el monarca, la coronación era la ceremonia organizada por el propio rey tras convocar a los súbditos. La aut coronación de los reyes de Aragón no concedía la legitimidad en la transmisión del poder de la realeza, sino que ésta venía dada a través de la sucesión lineal y de sangre dentro de la dinastía a la muerte del soberano, tras-pasándola hacia su primogénito o pariente más próximo. Cfr. B. Palacios Martín: *La coronación de los reyes de Aragón. 1204-1410. Aportación al estudio de las estructuras medievales*. (Valencia, 1975), pp. 279-284.

ciudad bajo palio, según la costumbre instaurada a principios del siglo XIV, como distintivo de la realeza. La liturgia soberana y la fiesta subsiguiente era, por tanto, única y tan sólo se brindaba a cada rey en una ocasión. En posteriores visitas, la presencia real tan sólo daba lugar a una fiesta menor y meramente protocolaria -las alegrías ciudadanas- salvo si coincidía con una fiesta local o si trataba de exaltar recientes éxitos militares. En el primer caso, la celebración de los santos patronos (Sant Vicent Màrtir y Sant Vicent Ferrer), el Centenario de la conquista (Sant Dionís) o la festividad del Corpus Christi obligaba a superponer sobre la fiesta local esas alegrías, alcanzándose una apoteosis conmemorativa de la que gustaban los monarcas y los ciudadanos al reafirmar tanto el carácter sacral tradicionalmente atribuido a la monarquía medieval, como al sobrecargar de significado político la fiesta ciudadana<sup>8</sup>. En el segundo caso, la entrada victoriosa reutilizaba algunos elementos de la entrada soberana para conmemorar el triunfo y rodear de gloria la figura del vencedor, pero también se añadían elementos de carácter religioso, como la acción de gracias a Dios, impetrada por la comunidad tras la victoria, y otros de carácter cívico, como los juegos y festejos habituales de las alegrías ciudadanas<sup>9</sup>.

Entre la primera entrada soberana documentada, protagonizada por Pedro IV en 1336, y la última que siguió los cánones tradicionales formalizados al efecto, efectuada en 1632 con motivo de la recepción de Felipe IV, Valencia ofreció veintitrés recepciones soberanas<sup>10</sup>. Éstas se brindaron al rey, a las reinas consortes y a los primogénitos herederos de la corona. Generalmente, solía organizarse de forma individualizada y por separado para cada uno de estos personajes (sucesivas esposas de Pedro IV en 1338, 1349, 1357 y 1382), aunque también se efectuaron algunas entradas conjuntas de toda la familia real (Fernando I, Urraca y el infante Alfonso en 1414), si bien en última instancia un monarca podía ser recibido como tal después de haberlo sido como primogénito heredero (Fernando en 1469 y 1479).

La recomposición de la relación política entre la ciudad y el rey impide considerar la entrada soberana y todas las entradas reales restantes como una liturgia homogénea e inalterable en el amplio período referido, sino que, por el contrario, se percibe una progresiva transformación del rito. Una primera época, que podemos considerar clásica, datada entre las recepciones de Pedro IV y de Juan I (1336-1392), correspondería a la formación de la liturgia medieval, caracterizada por su simplicidad ceremonial. La creciente espectacularidad y la pormenorización del protocolo desde las recepciones de la familia real en 1402 y 1414 (Martín "el Humano" y Fernando "el de Antequera" respectivamente) inauguraron

8. La reactualización historiográfica de la sacralidad real ha dado pie a la reedición de la obra de M. BLOCH: *I reitaurmaturghi. Studi sul carattere sovranaturale attributo alla portenza dei re, particolarmente in Francia e in Inghilterra*. (Rorino, 1989) con un prefacio de J. LE GOFF. También cfr. S. BERTELLI: *Il corpo del re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna*. (Firenze, 1990). Sobre la conciencia ciudadana y sus implicaciones religioso-políticas, cfr. *La coscienza cittadina nei comuni italiani del Duecento*. XI Convegno del Centro di Studi sulla Spiritualità Medievale. (Todi, 1972).

9. No podemos caer en la fácil tentación de equiparar las entradas soberanas con las alegrías expresadas ante la visita real, ni la coincidencia de éstas con los festejos locales de carácter patriótico o con las entradas victoriosas, homogeneizando todas las ocasiones festivas bajo un mismo protocolo ceremonial que anule los detalles diferenciadores. Confróntese el contraste entre las sucesivas visitas de Pedro IV en 1336, 1346, 1357 y 1369, y también las de Felipe II en 1542, 1564 y 1586. Esto permite deslindar con claridad los elementos soberanos (palio, recepción en el portal, desfile reverente de oficios, regalos), de los religiosos (limosnas, procesión, adoración de la cruz), y de los festivos (juegos, luminarias, pirotecnias y pasacalles).

10. Desde la entrada de Pedro IV, en 1336, hasta la de Felipe V, en 1719, Valencia protagonizó veintinueve entradas reales, pero sólo consideramos veintitrés como soberanas, por la circunstancia y la pompa protocolaria. La segunda visita de Felipe IV, en 1645, acompañado del primogénito heredero, Baltasar Carlos domingo, se produjo en carroza por la puerta de Serrans, tal y como el mismo monarca había intentado realizar en su primera visita. Del mismo modo, Felipe V, durante su primera visita, ni siquiera penetró en la ciudad, marchando directamente al Real. En ambos casos, el evento fue festejado con luminarias y juegos; sin embargo, desde entonces quedó totalmente desarticulado el ceremonial formado, desarrollado y degradado entre 1336 y 1642.

un segundo momento<sup>11</sup>. La tercera época, antes de la definitiva desarticulación del sistema de representación, se documenta a partir del fuerte carácter alegórico rastreable en el empleo de imágenes casi herméticas respecto a los atributos soberanos, y la subsiguiente despolitización de la sociedad civil, que, a pesar de iniciarse tímidamente, a finales del siglo XV, conforma el rasgo característico de la España imperial.

## I

A lo largo del período de codificación del rito, el conjunto de los habitantes de la ciudad constituyó un cuerpo compacto perfectamente organizado institucionalmente en el Consell, puesto que, desde su constitución fundacional en 1245 y a pesar de sus sucesivas transformaciones, siempre mantuvo constante su significación de comunidad unitaria como ente público de carácter colectivo. Sería en el Trecentos cuando el municipio gozó de mayor autonomía política, económica, fiscal, jurisdiccional, militar o territorial, y precisamente cuando logró consolidarse un patriciado urbano que supo recrear las expresiones festivas locales con formulaciones ideológicas, culturales y con los modelos de vida que le eran propios.

En esta primera época, las celebraciones poseyeron un hondo sentido de comunidad coherente e integradora. La entrada del monarca en la ciudad venía de la mano de sus magistrados, a partir de una embajada de recepción que lo esperaba en los confines del término ciudadano para conducirlo hasta uno de sus portales fortificados, generalmente el "dels Serrans". En el exterior, y ante las puertas de la ciudad, el rey contemplaba el desfile de la menestralía, ordenada por corporaciones de oficio bajo sus respectivos estandartes, los cuales representaban una serie de juegos, danzas y ejercicios de carácter colectivo, inspirados en el universo mental y onírico común a todo el mundo urbano occidental<sup>12</sup>. Este original cortejo presentaba a los oficios ciudadanos con galas y libreas nuevas, según un orden preciso establecido por el Consell desde 1373, y gozaba de subvención municipal respecto a juglares, músicos y entremeses. Antes de penetrar en el recinto amurallado, el cortejo pasaba delante del rey y le brindaba reverencia, dirigiéndose, con su ininterrumpida marcha tras la ejecución de sus juegos, hacia el interior de la ciudad. Sólo entonces el monarca, montado a caballo y bajo palio, entraba en Valencia. Mientras, las bridas, los cordones honoríficos y los bordones eran portados a pie por los más relevantes oficiales municipales, por los oficiales reales, por una representación de los barones del reino, de los caballeros y de la ciudadanía, en un estricto orden jerárquico. De este modo, el cortejo cívico organizado desde el principio hasta el final en orden creciente respecto al honor, el

11. La ruptura no se produjo por ser un monarca castellano que inauguraba una nueva dinastía reinante, sino por la modificación de la fórmula ritual, ya que el procedimiento castellano era muy similar, si no idéntico. Cfr. R. DE ANDRÉS DIAZ: "Las entradas reales castellanas en los siglos XIV y XV según las crónicas de la época". En la *España Medieval*, IV, (Madrid, 1984), pp. 47-62. La transformación ritual vino de la mano de la directa participación de la institución política ciudadana en la recepción, con la composición de una nueva modalidad de entremeses, arquitecturas y glosas. Se iniciaba, entonces, el espectáculo de exaltación del sentimiento monárquico.

12. Estas representaciones y juegos permitían la composición de cuadros miméticos de carácter episódico ilustrando algunos acontecimientos históricos (imitación de hechos), también motivos cómicos y burlescos (reproducción de las actividades del oficio), elementos bélicos (confección de batallas, barcos y castillos), fantasías maniqueístas (el dragón y el caballero), y algunos motivos religiosos (historia sagrada). La universalidad de los motivos y de las formas se puede comprobar con su omnipresencia en todos los cortejos cívicos medievales. Cfr. J. HEERS: *Carnavales y fiestas de locos*. (Barcelona, 1988), y también del mismo autor *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés d'occident à la fin du Moyen Age*. (París, 1971). F. CARDINI: "Le feste in Toscana tra Medioevo ed età Moderna". *Incontri Pistoiesi di Storia, Arte, Cultura*. (Pistoia, 1987). E. MUIR: *Il rituale cívico a Venezia nel Rinascimento*. (Roma, 1984). A. I. PINI: "Le arti in processione, prestigio e potere nella città-stato dell'Italia Padana Medievale". En *Città, comuni e corporazioni nel medioevo italiana*. (Bologna, 1989), pp. 259-291.

prestigio y la dignidad introducía en Valencia al monarca en el último lugar de la comitiva, mediante una larga y sinuosa procesión.

El recorrido callejero intramuros había sido previamente delimitado, reparado y adornado con motivos vegetales, florales e incluso con tapices y ricas telas, colgadas de las fachadas y ventanales en los principales edificios y palacios, componiéndose un cuadro y un ambiente que nada tenía que ver con las complicadas, artificiales y costosas arquitecturas efímeras renacentistas y barrocas elaboradas al efecto con posterioridad. Siguiendo por la calle Serrans, plaza de Sant Bartomeu, calle Cavallers y Casa de la Ciutat, se llegaba hasta la Seu, donde el monarca descabalgaba y entraba por la puerta de los "Apòstols" para, tras una breve oración y el pertinente juramento de los fueros, salir de la Seu por la puerta del palacio episcopal y, siguiendo por Sant Esteve, llegar al portal del "Temple", marchando desde allí al Real, al otro lado del río. El trayecto recorrido por el cortejo prácticamente se limitaba a circundar el perímetro urbano de la Valencia romana, olvidando por completo pasar por los arrabales edificados bajo la dominación musulmana<sup>13</sup>. La notable brevedad del espacio físico a recorrer y la simplicidad ceremonial referida contrasta, de forma notable, con las ocho o diez horas que empleaban los monarcas para cumplimentarlo, a lo largo de una única y densa ceremonia.

La descripción sumaria del cortejo cívico permite analizar el ideal de representación instado por el patriciado desde la municipalidad y refleja una clara conciencia del sistema, al configurar, con la vertebración de este orden, un genuino programa político-social, concretizado materialmente en un espacio físico (sinuoso recorrido ciudadano intramuros) y en un momento preciso (acto de soberanía y majestad real). El recibimiento estaba capitalizado por una comunidad articulada con unos cuerpos diferenciales de carácter estamental, aunque perfecta y armónicamente integrados en una única procesión simbólica de la que ni siquiera estuvieron excluidas las aljamas hebrea y mudéjar. La imagen de una comunidad desigual, pero articulada y en movimiento constante, coincidía perfectamente con el mensaje cristianizante que trataba de transmitir Francesc Eiximenis y con la ideología pactista de talante constitucional.

## II

La perduración de estos elementos medievales en el aparato protocolario constata la codificación del ritual, en un primer período, para constituir un modelo clásico de recepción ceremonial, no exento de mutaciones en épocas posteriores. Las alteraciones introducidas desde principios del siglo XV incluyen los significativos precedentes del período imperial. La creciente espectacularidad y pormenorización del protocolo en las entradas soberanas se produjeron por la incorporación individualizada de la institución municipal. Desde el recibimiento conjunto de Martín "el Humano" y de María de Sicilia, en 1402, el Consell comenzó a escenificar ante el portal "dels Serrans" unos entremeses propios, claramente diferenciados de los interpretados por los oficios por su temática y por su aparatosisidad. El descendimiento de unos niños disfrazados de ángeles desde las torres del portal, mientras entonaban unas composiciones versificadas y coronaban miméticamente a los reyes, constituyen la primera elaboración escenográfica instada por el poder municipal. El motivo más o menos ilustrado con referencias alegóricas al Ángel Custodio, protector de la ciudad ante las adversidades, sería repetido en adelante sin excusa, incorporando, ade-

13. Esos arrabales habían sido englobados en la muralla comenzada a construir por orden de Pedro IV, en 1356. Durante la entrada del infante Juan, duque de Girona, y su esposa Violante de Bar se realizó la única alteración del recorrido, siguiendo la siguiente ruta: Serrans, plaza de Sant Bartomeu, plaza de Calatrava, esquina d'En Mercer, Sabateria prima, Freneria, calle de Jaume Escrivà, Sant Tomàs y palacio episcopal.

más, la entrega de llaves, como signo de sumisión, y la introducción del monarca en Valencia por el mismo personaje celestial bajo la figurada mirada de Dios.

La renovada entrada soberana era completada con unos carros movidos sobre ruedas llamados rocas, también sufragados por el Consell, que se incluían en el desfile y globalaban el poder de los soberanos o algunas escenas religiosas<sup>14</sup>. La carga simbólica de estos cuadros vivientes en movimiento permitía subrayar la soberanía real con alegorías, estampas y recreaciones artísticas de episodios histórico-bélicos. Además, la composición de canciones o poemas orquestados musicalmente incrementaba los efectos parateatrales<sup>15</sup>. En adelante, cada entrada redundaría en los temas y, a tenor de la imperativa necesidad de originalidad y renovación, cada nueva recepción obligaba a estrenar nuevos entremeses alegóricos. Estas composiciones y retablos, con sus cánticos y versos elaborados a instancia del Consell, permitirían introducir los cánones artísticos del Humanismo prerrenacentista y estrecharía de forma creciente los lazos entre arte y poder<sup>16</sup>.

La renovación del espectáculo suponía la utilización de oficios vinculados a las artes y a la ingeniería para la adecuada escenificación de la ficción e, incluso, se hizo necesario la realización de obras para adecuar el espacio urbano ante las nuevas necesidades ceremoniales (ampliación de calles, derribo momentáneo de la muralla, habilitación de plazas, etc). La escenificación obligaba a ampliar el recorrido urbano del cortejo y, desde 1414, el trayecto tradicional se alargaba por la calle Cavallers, plaza del Mercado, convento de la Merced y plaza de Caixers, regresando por Sant Martí, plaza de la Figuera y Avellanas hasta la Seu, donde volvía a empalmar con el camino antiguo, siguiendo por Sant Esteve y el Almodí hasta el portal del Temple. De esta manera, el nuevo circuito protocolario llegaba a envolver casi por completo el perímetro amurallado de la ciudad musulmana conquistada por Jaume I.

Hasta entonces, el papel del clero en las entradas soberanas había quedado limitado a esperar al monarca en la iglesia catedral y acompañar al mismo durante sus oraciones. Sin embargo, un nuevo elemento, añadido desde 1459 al grandilocuente recibimiento, fue la participación activa del clero. Desde la entrada de Juan II y la de su esposa, se propició el encuentro del cortejo cívico con una procesión religiosa encabezada por el obispo -desde entonces ineludible- en la que participaban los canónigos de la catedral, el clero parroquial ordenado con sus cruces y una representación de todas las órdenes religiosas con conventos en el término municipal. En una de las plazas próximas a la Seu, el monarca se veía obligado a descabalar, a arrodillarse y a adorar públicamente un fragmento del auténtico Lig-

14. En la comitiva de recepción de Martín I, se utilizaron escenas referidas a emperadores y emperatrices, a reyes y reinas y al papel atribuido a los caballeros. En la entrada de Ferrando I, los entremeses ya son designados con un nombre propio bastante significativo: la divisa real, la torre, las siete sillas o siete planetas, las siete edades, la visión de Santo Domingo y San Francisco, la visión apocalíptica de Sant Vicent Ferrer, etc.

15. Las noticias sobre la entrada de Juan II comienzan a documentarse desde el 3 de febrero de 1459. En lo alto del portal de Serrans se figuró la presencia de *Deu lo pare*, y en el momento de llegar el monarca descendieron dos bengales echando chispas, al tiempo que de dos entremeses situados a cada uno de los lados del portal permitían salir -mediante unas tablas corredizas- a dos ángeles con los atributos de la Justicia y la Prudencia, los cuales saludaron al rey con unas coplas latinas y catalanas sobre la paz, el buen gobierno y la recepción que le brindaba el pueblo valenciano. Terminada la representación, el Ángel Custodio le entregó las llaves del portal, acompañando ceremoniosamente al rey hasta el interior del recinto amurallado. Cfr. S. CARRERES ZACARÉS (ed.): *Llibre de memòries de diversos sucesos e fets memorables e coses senyalades de la ciutat e regne de València (1308-1644)*. (Valencia, 1930).

16. Las fiestas cada vez manifestaron un mayor refinamiento artístico que sutilmente expresaban la filosofía, la moral y la política del estado. La utilización de la música, de la pintura, de la poesía, de la danza y de la ingeniería reproducían la armonía cósmica que regía el universo, y ésta encontraba su realidad terrestre en el monarca cristiano. El desarrollo de las artes al servicio del poder permitía materializar los espectáculos de corte, donde era posible la manipulación de la experiencia visual y auditiva según las nuevas necesidades ideológicas de la monarquía. Cfr. R. STRONG: *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento. 1450-1650*. (Madrid, 1988). En especial, los dos primeros capítulos. El incremento de los gastos municipales por la ejecución de los festejos fue notable, según las noticias dispersas reunidas a lo largo de todo el período: desde las 500 libras, de la entrada de Pedro IV en 1357, a las 3.300, de Fernando I en 1414, o a las 5.000, de Carlos V en 1528.

num Crucis que le era presentado por el obispo, después de lo cual la procesión religiosa lo conducía caminando hasta la catedral, para que realizara sus oraciones ante el altar mayor y jurara la legislación foral. A la salida, de nuevo era acompañado por el cortejo cívico que lo había introducido en Valencia y que, tras el rito preceptivo, lo acompañaba a su residencia<sup>17</sup>.

Sin embargo, lo más notable de esta segunda época es el incremento de los elementos soberanos concebidos por el municipio para ensalzar a la monarquía, utilizando, para ello, una variada gama de recursos similares a la recepción teatral del portal o al cortejo alegórico de los entremeses en el desfile. La presencia real se vió cargada de símbolos soberanos en cada uno de sus actos, desde el espontáneo paseo ecuestre con un reducido grupo cortesano para la visita particular de la ciudad y sus tiendas (proximidad al pueblo) hasta la concesión de nuevos privilegios (monarca legislador), y desde el regalo de reliquias a la iglesia catedral (ejercicio de piedad) hasta la ejecución de autos de fe, la presidencia de punitivas judiciales ordinarias, la aplicación directa de pragmáticas respecto al orden público o la concesión de gracias y perdones (monarca justiciero)<sup>18</sup>. En 1414, el Consell encargó a un abogado de la ciudad la redacción y lectura pública de una arenga dirigida al monarca. En 1424, la entrada victoriosa de Alfonso "el Magnánimo" al regreso de Marsella, empleó por primera vez pólvora pirotécnica, y muy posiblemente también artillera, como un nuevo elemento soberano que se añadía en adelante al ritual de la entrada real<sup>19</sup>. El mismo cortejo que conducía el caballo y el palio del monarca durante su entrada sufrió importantes recomposiciones protocolarias, derivadas de la proximidad a la figura regia, al modificarse la jerarquía política de los magistrados municipales y de los oficiales reales<sup>20</sup>. De este creciente ejercicio de soberanía derivaría el consiguiente éxito de las recepciones ciudadanas, brindadas ante la toma de posesión de los oficiales que gozaban de la máxima confianza real -lugartenientes y virreyes- cuando, hasta entonces, nunca habían sido celebradas<sup>21</sup>.

La centralización estatalista y el control político de los municipios iniciada por los Trastámara disolvió los contenidos de la ideología eiximeniana. La mediatización política e institucional impuesta por el regalismo sobre la oligarquía (Racional municipal, Virreyes, Capitanes Generales, Maestre Racional del reino) la convertía en una simple gestora del bien público. El antiguo patriciado pactista políticamente autónomo quedaba dominado

17. La primera noticia de la organización de esta procesión particular del clero data de la entrada de Benedicto XIII en 1414, pero sólo tendría aplicación en las visitas reales desde 1459 en adelante. Cfr. J. SANCHIS SIVERA (ed.): *Dietari del capellà d'Anfós el Magnànim*. (Valencia, 1932). Las noticias sobre la visita papal comienzan el 28 de noviembre de 1414. También cfr. R. CHABÁS: "Entrada del Papa Luna en Valencia". *El Archivo*, 6, (Valencia, 1892), pp. 135-139.

18. Sobre los gastos y símbolos de los monarcas son especialmente indicativos los practicados por Alfonso V y Juan II en sus visitas a Valencia de 1424 y 1459.

19. La primera referencia de su empleo institucional data de 1414, cuando Alfonso V casó en Valencia con María de Castilla. Respecto a la descarga artillera como signo de soberanía es de 1421, con su primera entrada en Nápoles, y también su triunfo conquistador en 1443. Sobre las entradas victoriosas y sus elementos simbólicos (derribo de murallas, homenaje, etc.), cfr. R. FILANGERI: "Archivio di Ferdinando il Cattolico a Napoli. Relazione dell'oratore Giovanni Mediana al Cardinal d'Este". *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. (Zaragoza, 1954), pp. 311-314; y A. REYDER: *Alfonso el Magnánimo. Rey de Aragón, Nápoles y Sicilia (1396-1458)*. (Valencia, 1992), pp. 121 y ss.

20. Es significativa la creciente o decreciente importancia política en el rango, a lo largo de todo el periodo del Racional, del Baile o del Mestre Racional del reino, y de su protocolaria proximidad o lejanía respecto a la figura del rey en la constitución del cortejo que lo conduce por las calles de la ciudad.

21. En principio, estos oficiales pertenecieron a la misma casa real y, por esa razón, el Consell comenzó a brindarles también una entrada protocolaria cuando tomaban posesión del cargo (por ejemplo: Juan de Navarra Lugarteniente General en 1433; Enrique de Aragón Virrey y Capitán General en 1494; Fernando duque de Calabria como Virrey en 1526, etc.), aunque estos lazos de sangre pronto dejarían de justificar el recibimiento, ya que la habitual renovación de virreyes e incluso de arzobispos en época moderna dió lugar a la codificación de un nuevo rito ceremonial, derivado del ejercicio soberano de los poderes del estado.

por las estructuras del estado, a través de la implantación de sus instituciones en el ámbito local, por la centralización cortesana del poder y por la aristocratización del poder político. Al patriciado urbano no le quedaba más remedio que transformarse en el portavoz local de la monarquía y, según los nuevos presupuestos ideológicos, la cosa pública quedaba a su servicio por encima de la comunidad. En época moderna se culminaría el proceso, ya que se compactarían las fuerzas sociales en torno al estado, separando completamente a la sociedad de la gestión de lo político y, en consecuencia, decrecería su papel en las manifestaciones festivas de la soberanía real.

### III

La disolución del sentido y del concepto inherente a la fiesta medieval se produjo por la alteración desarticuladora del ceremonial clásico, por la aristocratización cortesana y por la construcción del estado absoluto. De nuevo, la fiesta soberana fue reorientada bajo cauces diferentes, aunque manteniendo en alguna medida sus rasgos originales, hasta su definitiva extinción, tras la imposición de los modelos culturales y de estado de la Ilustración borbónica.

La configuración geopolítica de la España imperial obligaba a la ciudad de Valencia a mostrarse como capital del reino y a sus ediles como representantes del mismo, por lo que el cumplimiento ceremonial de la entrada obligaba a enviar la embajada de recepción hasta las fronteras del reino, con objeto de conducir al soberano hasta la ciudad. El recorrido callejero de la comitiva soberana tan sólo sería modificado en algunos detalles, porque, con anterioridad, se había constituido un corredor urbano de índole sacro por el que discurrían las más notables procesiones religiosas (Corpus Christi o Sant Dionís), aprovechando el trazado ceremonial preexistente. Tan sólo se observan unos cambios puntuales, como la preferencia de empleo del portal de Quart, por Carlos V en 1528 y Felipe IV en 1632, vía natural de entrada a la ciudad desde Castilla; y también una ampliación del trayecto, con la entrada de Felipe III en 1586, que empalmó un nuevo tramo callejero en su parte final, al trascurrir por el sureste de la ciudad<sup>22</sup>. No obstante, en adelante, el desfile sería jalonado a intervalos con motivos ornamentales, decoraciones episódicas y arcos triunfales que, desde su empleo en la recepción de Germana de Foix en 1507, proliferarían por todas las plazas. Las estampas confeccionadas para ilustrar y decorar la visita de Felipe II en 1564 intercalaban retratos y efigies del monarca con perspectivas de edificios, con fuentes artificiales y con esculturas que reproducían distintas victorias militares y recomponían hechos políticos que él había protagonizado. De nuevo en su segunda visita como rey, en 1586, y esta vez acompañado por el infante Felipe, el portal dels Serrans fue decorado con sus escudos de armas, con un arco triunfal y con una escena que situaba entre la Justicia y la Caridad a varias ninfas alusivas a sus más importantes victorias militares (San Quintín, Peñón de los Vélez, Granada, Malta, Lepanto, Islas Terceras y Portugal). Algunas de éstas fueron reconstruidas teatralmente en las plazas por las que discurría el desfile con mímicas, escenas y decorados, mientras que en otros lugares se ilustraban motivos religiosos (Cristo crucificado, la Virgen redimiendo cautivos) o soberanos (escudos reales, genealogías y legitimidad de la casa reinante)<sup>23</sup>.

22. La identificación del circuito callejero utilizado en las entradas reales con el recorrido sacral de las procesiones data de principios de 1414. Cfr. M. CARBONERES: *Relación y explicación histórica de la solemne procesión del Corpus que anualmente celebra la ciudad de Valencia*. (Valencia, 1873), pp. 20-21. El último tramo añadido ya había sido utilizado en el discurrir de ciertas procesiones religiosas y se empalmaba al regreso de plaza de Caixers, cerca del convento de Santa Tecla, donde el cortejo, en vez de marchar hacia la Seu, seguía en dirección este por la calle del Mar, marchando a la Plaza de Predicadors y, de allí, salía de la ciudad por la puerta del Real.

23. Sobre las mismas, cfr. J. SANCHEZ SIVERA (ed.): *Libre de Antiquitats. Manuscrito existente en la catedral de Valencia*. (Valencia, 1926), pp. 209-212; y, también, S. CARRERES ZACARÉS: *Op. cit.*, pp. 143 y ss.



Pero, lo más importante de este reajuste protocolario, fue la dislocación de la tradicional ceremonia única en varias fases, a partir de la costumbre inaugurada por Juan II en 1459, cuando dedicó un día a la recepción, otro para contemplar los juegos y entremeses de los oficios y otro para realizar el preceptivo juramento en la Seu. El infante Fernando en 1469, Germana de Foix en 1507 y, sucesivamente, los monarcas de la casa de Austria desgajaron por completo una ceremonia que, hasta entonces, era indisoluble. El resultado inmediato fue la priorización de algunos episodios o fases, como las recepciones de salón, y el declive de otros, como el desfile de oficios.

La creciente aristocratización se rastrea en la proliferación de juegos de salón, de que hacían gala las reuniones privadas, siempre organizadas en espacios cerrados y ofrecidas por monarcas a sus súbditos más honorables, o viceversa. Estos saraos fueron el auténtico reflejo de las nuevas formas de poder, y espectáculo reservado para una élite que se consideraba digna y culta. El más antiguo precedente documentado data de 1424, cuando el Consell invitó a Alfonso “el Magnánimo” a la inauguración de la sala dorada de la Casa de la Ciutat; acontecimiento que fue seguido por una exquisita colación. Sin embargo, la genuina expresión de esta nueva sociabilidad elitista data de 1481, cuando Isabel “la Católica” brindó una recepción vespertina y nocturna a las damas de la ciudad, en la sala del Consell. El recibimiento privado tendría una clara continuidad acorde a los nuevos usos sociales de la corte virreinal. Desde entonces, una nueva obligación soberana para con los súbditos cortesanos sería la imprescindible cita en los salones del municipio, del Real, de la Bailía o de la Gobernación, o en la misma Lonja. La etiqueta y el protocolo imperial de la casa de Austria permitía el agasajo y la confraternización entre el monarca y los cortesanos de sus estados mediante el recurso a las formas galantes, caballerescas, refinadas y cultivadas, exclusivas de la sociabilidad entre las clases dominantes. Presentaciones en sociedad, bailes de gala, juegos de armas, banquetes exquisitos y tertulias literarias permitían lucir los usos y modales de una élite ansiosa de diferenciarse desde la cima de la sociedad. El Humanismo y el redescubrimiento de la Antigüedad hizo posible la distinción, hasta el extremo de que nuevos motivos y alegorías renacentistas rectificaron las fórmulas de la entrada soberana, con modelos iconográficos rescatados de la Roma imperial (insignias, arcos del triunfo, etc.) y de la mitología clásica (virtudes, ninfas, héroes, etc.). Además, el emperador quedaba adornado con todas las virtudes del monarca cristiano, lo que incluso hace posible un análisis cristológico y sacral de la entrada triunfal, en clara consonancia con el pretendido poder universalista y director de la Cristiandad, propagado por las renovadas doctrinas cesaropapistas<sup>24</sup>.

En consecuencia, la recepción se hacía cada vez más difícil de comprender para las clases populares, porque los montajes escenográficos solían presentar al emperador recurriendo a mitos clásicos tan sólo identificables con los poemas, los epigramas o los textos de las inscripciones que acompañaban las escenas y que las hacían exclusivamente inteligibles para alfabetizados, latinistas y cultivados en los círculos literarios. El creciente hermetismo de las alegorías justificó la codificación de relaciones escritas de estas fiestas, puesto

24. Una nueva costumbre, impuesta desde el reinado de Carlos I y mantenida por los monarcas de la casa de Austria, fue la visita a los conventos de la ciudad y su término para asistir a misa y venerar las reliquias que conservaban. Cada vez más, las entradas reales celebraban y rememoraban las victorias bélicas (la tradición medieval impuso la costumbre de celebrar alegrías individualizadas) no tanto para subrayar el poder militar del monarca, como antaño, sino para ensalzar la potencia y universalidad del emperador católico sobre infieles y protestantes o frente al Papado. La supremacía militar y política imperial consagraría el cesaropapismo de los Austrias. Cfr. P. FERNÁNDEZ ALBADA-LEJO: “Imperio de por sí: la reformulación de poder universal en la temprana Edad Moderna”. En *Estructuras y formas del poder en la Historia*. (Salamanca, 1991), pp. 143-156. Un buen ejemplo de la lectura cristológica del poder autocrático se encuentra en el trabajo coordinado por S. ERTELLI - C. GRÖTTANELLI: *Gli occhi di Alessandro: potere sovrano e sacralità del corpo da Alessandro Magno a Ceaucescu*. (Firenze, 1990). También M. VALENSISE: “Le sacre du roi: stratégie symbolique et doctrine politique de la monarchie française”. *Annales* (1986), pp. 543-577.

que no sólo se trataba de perpetuar la siempre presente magnificencia, sino anotar puntualmente los recursos literarios y mitológicos. En adelante se hacía necesario rememorar tranquilamente para comprender un espectáculo demasiado efímero<sup>25</sup>. La entrada soberana comenzó a ser realizada por y para las clases dominantes, mientras los juegos de los oficios fueron relegados a un lugar secundario, un mero ejercicio episódico y apolítico de carácter secundario, representado en una de esas partes o días en que había quedado fragmentada la primitiva entrada. Considerados como juegos festivos, el original alarde de los oficios se añadió a los juegos taurinos, de cañas, de carreras o de armas, si bien éstos mayoritariamente también terminaron por convertirse en prácticas protagonismo popular<sup>26</sup>. El resultado último fue un creciente abismo cultural entre clases populares y élite aristocrática, la progresiva diferenciación entre la fiesta popular e institucional, entre los juegos de la plebe y las reuniones cortesanas. El pueblo quedó reducido a un mero espectador pasivo e impertinente de la pompa del imperio y muchas veces fue considerado molesto. El desencuentro creciente justificaría, en siglos posteriores, el redescubrimiento de la cultura popular en base a los testimonios recogidos por la burguesía en el poder<sup>27</sup>.

Dos anécdotas significativas permiten constatar la rotunda transformación de la fiesta soberana en época moderna. Un enfrentamiento verbal entre el Mestre Racional y el Portantveus de Governador, al disputarse un bordón preferencial en la jerarquía del honor durante la entrada de 1528, provocó la expulsión de ambos por Carlos V, con lo que la comitiva discurrió con siete acompañantes a la izquierda y sólo cinco a la derecha. En 1599, Felipe III comunicó a los Jurats el deseo de celebrar su boda en Valencia, lo que fue consentido y financiado por el Consell con 50.000 libras, en claro contraste con la reticencia municipal de antaño para celebrar festejos que no afectaban a su tradicional concepción política. La fiesta soberana moderna sólo exaltaba la figura del emperador; el resto del aparato era simple comparsa y decorado. El tradicional diálogo parateatral entre gobernante y gobernados quedó reducido a la afirmación soberana y a la sumisión ciudadana con un protocolo mayestático, que mediante un metalenguaje expresaba ideas y valores cuyo sentido simbólico-conceptual en el ceremonial tenía precisas implicaciones políticas. La presunta revolución cultural desarrollada por el estado absoluto se sustentaba en el control ideológico de las clases dominantes y en una hábil propaganda ejercida desde los municipios sobre la sociedad civil.

25. Sobre el éxito de las academias, de los cenáculos literarios, de la Universidad de Valencia, de la ciencia moderna, del núcleo cortesano virreinal y la imposición de nuevas pautas culturales por el estado, cfr. J. VENTURA: *Inquisició espanyola i cultura veinaixentista al país Valencià*. (València, 1977); y E. CRUSELLES: "Todo es cerrazón y noche. La sociedad urbana valenciana en la encrucijada de los tiempos modernos". *Revista d'història medieval*, 3, (Valencia, 1993), pp. 117-142. También resulta significativo que sólo se comenzarán a redactar pormenorizadas descripciones de los festejos y fiestas reales desde el reinado de Fernando "el Católico", y que para documentarlos con anterioridad tan sólo se pueda recurrir a las fuentes contables o epistolares del Consell y a los dietarios particulares de clérigos o cronistas locales. La larga bibliografía reunida por S. Carreres y presentada con ordenación cronológica, permite comprobar como, desde entonces, la municipalidad no olvidó de dar cuenta, por escrito y mediante obras impresas, de la celebración de los festejos soberanos.

26. Los juegos colectivos de los oficios, relegados cada vez más en la entrada soberana, quedarían enquistados en la procesión del *Corpus Christi* que anualmente celebraba la ciudad para conmemorar la fiesta religiosa. El sentido de comunidad perduraría en este cortejo cívico y religioso, así como los recursos culturales de los que habían hecho gala con anterioridad las corporaciones, si bien éstos fueron cada vez más cristianizados por el obligado recurso a las Sagradas Escrituras que inspiraban los entremeses de la procesión. Sobre ésta, cfr. M. SANCHIS GUARNER: *La processó valenciana del Corpus*. (Valencia, 1978).

27. Cfr. P. BURKE: *La cultura popular en la Europa moderna*, (Madrid, 1991), en especial el capítulo dedicado al descubrimiento del pueblo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. También el *dossier* preparado por M. GARCIA BONAFÉ sobre la cultura popular en *Debats* 1. (Valencia, 1982), pp. 72-109.